

**EL GENERAL BARON LEJEUNE,
PINTOR DEL “ASALTO AL
MONASTERIO DE SANTA ENGRACIA”**

Por Javier Cañadas

La defensa heroica de esta ciudad ha recordado los prodigios de valor de los antiguos habitantes de Numancia y del campamento de Sagunto. Todos los recursos del arte de la guerra se han empleado con una tenacidad admirable para retrasar la caída de una ciudad sin murallas, que no tenía otras fortificaciones que los obstáculos colocados día a día en las calles para retrasar el avance de los asaltantes.

Con la mitad de soldados que los sitiados, los franceses ocupados del asedio y los que estaban encargados de cubrir las operaciones, tuvieron que sufrir muchas enfermedades y privaciones de toda clase. Su perseverancia en emplear el medio de la explosión de minas, seguida del asalto sobre los edificios derruidos, ha agotado de tal modo el físico y la moral de los habitantes de Zaragoza que en poco tiempo los ha reducido a un muy pequeño número en estado de defenderse.

Entonces no han tenido más remedio que someterse y abrirnos la mitad de la ciudad que nos quedaba por conquistar. Estos desgraciados, que esperaban de nosotros un comportamiento cruel, recibieron toda

clase de socorros y de atenciones por parte de aquellos contra los que habían combatido como desesperados durante cuarenta días con una pérdida de cincuenta y siete mil personas, arrebatadas por el hambre, la epidemia y los peligros de la guerra.

El convento de Santa Engracia, notable por su arquitectura morisca, fue uno de los lugares más difíciles que tuvimos que tomar para penetrar en la ciudad, y su asalto ha quedado representado por el autor en este cuadro.

DETALLES

Desde hacía varios días, nuestra artillería batía en brecha esta iglesia y la de San Agustín. Cuando las brechas fueron practicables, las tropas, dirigidas por los oficiales de ingenieros, atravesaron en pleno día una amplia explanada que les separaba de la ciudad y se apoderaron de las dos iglesias, situadas a doscientos pasos una de la otra. Los habitantes, los frailes, las mujeres, los soldados, todos animados por el ejemplo de Palafox, se defendían paso a paso en los claustros, los pasillos, las celdas, en los tejados e incluso en el campanario de Santa Engracia, en parte ya destruido por nuestros cañones. Era preciso a cada paso librar nuevos

asaltos. En uno de estos momentos, al atravesar el patio de Santa Engracia, el autor del cuadro cayó herido a los pies del general de ingenieros Lacoste y del coronel Valazé, que le ayudó a levantarse. Una hora antes, ya había recibido una primera herida en el asalto a San Agustín. Entre nuestros soldados, destacaron los polacos del Vístula que ofrecieron su mayor entrega durante el asedio. La arquitectura del convento está fielmente representada.

Esta jornada nos hizo dueños de varios puntos muy importantes en el interior de la ciudad, pero nos costó la vida de varios oficiales de ingenieros de gran mérito. En total, durante el asedio, perdimos veintiocho, entre ellos el general Lacoste. Nunca el asedio de una ciudad fortificada había costado tanto a este arma.

El autor del cuadro aprovechó aquí la ocasión para expresar al cuerpo de Ingenieros todo su pesar por unas circunstancias que debían haberle parecido favorables a pesar suyo. Y reivindicará siempre el honor que él ha tenido durante veinte años de haber sido el hermano de arma de tantos oficiales que no son menos distinguidos por los altos conocimientos que ellos cultivan con éxito como por el buen espíritu que los anima. Esta calma tan modesta, sobre todo con la que se les ve emplear todos los recursos de su talento militar en medio de los mayores peligros, le parece tan digna de elogios, en razón de su

utilidad, que él ya se cuidaría de omitir hablar de ella.



NOTA

El General Barón Lejeune, no contento con los elogios que le mereció su gran e inagotable valor durante todo el tiempo que duraron los ataques del asedio, ha querido consagrar algunas bellas páginas a este memorable hecho de armas. Su libro: "Siéges de Saragosse. Histoire et peinture des événements qui ont eu lieu dans cette ville ouverte pendant les deux siéges qu'elle a soutenus en 1808 et 1809...", presenta un doble interés: el del acontecimiento tan célebre en los anales del Imperio, y el de la narración.

Las obras que se refieren a la estrategia no se leen ordinariamente más que por los hombres del arte militar: el "Siége de Saragosse", por el General Lejeune, -se

encuentra en las librerías Firmin Didot en París, y Delboy y Jouglá en Toulouse-, encontrará lectores en todas las clases de la sociedad.

Su relato es real, conmovedor; su estilo puro, elegante, cálido, a menudo galante, y siempre muy correcto. Su narración es sencilla, novelesca incluso, rápida, detallista, según las exigencias de las diversas peripecias que tenía que contar.

Los hechos se exponen con claridad, precisión, y los menores detalles se describen con una gracia totalmente poética. Se diría que estas páginas fueron escritas en medio de una Zaragoza en ruinas bajo el bello cielo de España.

Algunos episodios despiertan de vez en cuando la atención del lector, y son de un interés más conmovedor.

La instrucción avanzada que poseía el general Lejeune, su bella carrera militar, no dejan ninguna duda sobre el mérito estratégico de su obra.

Sobre este honorable guerrero del Imperio, decía un periodista al dar cuenta de esta preciosa obra cuando apareció: “El general Lejeune descansa de sus largos trabajos refugiándose en el seno de las bellas artes; después de haber tomado parte gloriosa en nuestras victorias, describe los grandes acontecimientos en sus numerosos cuadros, que han enriquecido varias veces las exposiciones del Louvre, de Lille, de Douai, de Toulouse y de Londres”.



Lejeune no había olvidado sus pinceles en el campo de batalla, y el amor por las artes no le había abandonado. Se poseen de él un gran número de cuadros de historia muy valorados. Sobre todos, destacan el cuadro de la Batalla de Guisando, que apareció en 1819 y tuvo un éxito prodigioso, y el cuadro de la Batalla de la Moskowa, su obra cumbre. Principalmente será conocido por sus cuadros de escenas de batallas, plenos de vigor que aúnan verdad histórica y calidad artística, realizados con ayuda de croquis tomados en vivo durante los mismos combates.

Según Vandal, “Lejeune es un pintor de talento que posee en un grado poco frecuente el don del colorido y compone sus descripciones con una minuciosidad de artista”. Por lo demás, él sabe muy bien, porque es militar, captar el ambiente y la acción de los soldados. Pintor de la epopeya, él lo fue con la visión de un soldado.